

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIX

Septiembre de 1942

Núm. 207

Puntos de vista

En la proximidad de un centenario

Es, sin duda, un suceso de trascendencia para nuestra cultura la celebración del centenario de la Universidad de Chile en el próximo mes de noviembre. Generaciones de generaciones han salido de sus claustros. Y esto es justamente lo que conceptuamos de un valor para la cultura, puesto que muchos de esos estudiantes, hoy hombres formados, y célebres algunos en distintas actividades intelectuales, podrán darnos la visión de los trabajos heroicos realizados por la Universidad a lo largo de cien años de vida.

Trabajos heroicos, hemos dicho. Y ciertamente, heroicos han sido los esfuerzos librados contra tantas incomprendiones y contra tantos sectarismos. Durante muchos años, quizá durante medio siglo, la Universidad ha padecido la persecución espiritual, vale decir la que se inicia y crece, y se desarrolla y actúa en las recámaras o en los sitios en que no hay posibilidad de abarcar o concretar el ataque, porque se hace en la sombra.

El avance de las ideas liberales—liberales en el mejor sentido del vocablo, sin promiscuidad alguna con la política—encontró en la Universidad de Chile su mejor escudo y su más firme trincheras de combate. Sin ese avance no habrían ocurrido en Chile las luchas doctrinarias que tanto lustre dieron a nuestra nacionalidad y tanta categoría intelectual a hombres que tienen ya en América un lugar de alta significación histórica. El liberalismo ha sido, pues, un

gran propulsor del duro ascenso de la nacionalidad. La Universidad ha tenido una parte activa, invisible sin duda, porque la Universidad no es, o no fué, digamos mejor, un foco de violencias, sino una activadora de la energía intelectual y social en medio de las porfiadas luchas políticas.

Esta tradición es lo que ha dado al carácter universitario esa forma de libertad inviolable que no ha podido ser cegada por ningún empeño subterráneo. A la sombra de la Universidad ha florecido todo lo que en Chile tiene de más glorioso y de más duradero en sus actividades generales, especialmente en sus actividades intelectuales. Y si hemos de dar al término una acepción más amplia, más dilatada, y más ecuménica, podremos afirmar que todas las actividades, en su medida particular y en su medida general, tienen la huella del ímpetu universitario.

Cuando el país bregaba afanoso en el camino de su formación política fué la Universidad la que alentó, en la enseñanza de sus maestros más ilustres, el destino de la juventud, de esa juventud que al día siguiente de abandonar los claustros, debía dispersarse y continuar en las múltiples actividades humanas, el camino trazado por aquellos sembradores de ideal.

En la inminencia de la celebración centenaria no queremos otra cosa, con este breve comentario, que trazar el signo de una esperanza: muchos habrá que en la actualidad estudian ese proceso de liberación para dar, en su oportunidad, una visión de conjunto de la labor universitaria en el sentido que dejamos señalado. Lo que fué la Universidad, lo que hizo, lo que significó en el desarrollo de las ideas y lo que fecundó en las mentes de los hombres más preclaros o de las instituciones más significativas. Para las generaciones actuales, tan dadas al olvido y tan entregadas a veces a la indiferencia o al escepticismo, es de gran importancia detenerlas un momento en su camino para que sientan y comprendan lo que debió el país a ese foco ya centenario, cuya lumbre mostró tantas rutas, lo mismo a los poderosos que a los

más humildes. Exaltar el heroísmo de esos trabajos es fortalecer la humana condición y retemplar el espíritu de la juventud. Nunca como en estos momentos, es más imperioso mostrar a las generaciones, no sólo jóvenes sino ya maduras, todo lo realizado en el aspecto moral e intelectual, a través de cien años de luchas y de sacrificios.